

# EL MUNDO MILITAR.

## Panorama universal

AÑO II.

DOMINGO 30 DE DICIEMBRE DE 1860.

NUM. 60.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

**SUMARIO.** Grabados.—Moro rifeño de la tribu de Bocoya, frente al Peñon.—Vista general del monte y bahía de Santoña, con los pueblos de Laredo, Colindres y ria de Limpías.—

Vista del cuartel construido en Fernando Póo para el alojamiento de la compañía que guarnece dicha isla.  
Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Penas

y suplicios.—Anales de la censura.—Estudios militares.—Descripción de Santoña.—Suelto.—Novela.—Condiciones de la suscripción.

### CRONICA DE LA SEMANA.

#### EXTERIOR.

**E**n tanto que de los asuntos de Italia poco es posible decir, que con corta diferencia no sea repetición de lo dicho anteriormente, no creemos inoportuno fijar con alguna detención la vista en el imperio austriaco, hacia donde saltan al parecer con mas violencia los abrasadores fragmentos de la hoguera que arde en las regiones italianas.

Si bajo una terrible forma ha de desarrollarse la cuestión del Véneto, conviene tener muy á la vista todos sus preliminares para poder apreciarla en su totalidad.

Pocas son las esperanzas que acerca de un amistoso arreglo por parte del Austria respecto á los asuntos del Véneto podrían concebirse, si se atiende á lo que sobre el particular dice la *Gaceta austriaca*.

He aquí los términos en que este periódico oficial redacta su protesta:

«La cesión del Véneto, lejos de disminuir nuestros gastos, aumentaría por de pronto y para siempre nuestro presupuesto, á no ser que también nos resignáramos á perder el Tirol italiano, Istria, Dalmacia con el mar Adriático, y el comercio de Levante y la frontera de Brenner con los territorios de Goriza y Adelsberg, como puesto avanzado. Con demasiada frecuencia nos ha sido repetido ya este grito por los mismos que hoy piden la cesión del Véneto. Podrían provocar en Trieste y en Trento demostraciones como las de Venecia y Milán.

Cediendo el Véneto, el Austria se vería en la precisión de reconstruir

en su frontera abierta del Isonzo y en los desfiladeros del Tirol las mismas fortalezas que ha elevado ya junto al Minicio; debería aumentar su marina en grande escala, y fortificar sus costas. Pronto se disiparían los 500 ó 600 millones que nos ofrecen. Sería necesario mantener en pié de guerra un Ejército tan fuerte ó mas que el que antes teníamos para cubrir nuestra frontera, que es la frontera alemana; pues cuanto mas débil es una posición, mayores deben ser los

recursos defensivos que en ella se empleen. Nos veríamos privados de las rentas del Véneto, como ahora nos vemos de las de Lombardía. Las rentas austriacas no se mejorarían, pero de seguro conseguiría mejoras la posición del Piamonte. Nuestro crédito descendería á la menor expresión; pero en cambio ese momento sería muy ventajoso para que los tenedores extranjeros se deshicieran á toda prisa del papel austriaco, y el crédito moviliario llegaría á hacer excelentes negocios; pero el Austria y el pueblo austriaco no podrían hacer mas que sufrir grandes pérdidas. No nos dejamos cegar hasta el punto de no ver el lazo que se nos tiende.»

En tanto que protestando de esta manera el Austria, deja subsistir los temores de una próxima guerra, el *Constitutionnel* describe lo crítico de la situación de esta manera:

«Al tratar de ese grave y doloroso asunto, no hacemos, por decirlo así, mas que ceder á nuestra vez al movimiento general de la opinión pública en Europa.

No tenemos reparo en confesar que nunca desdeñamos las advertencias que la opinión pública prodiga.

La situación del Austria en Venecia es deplorable; pero precisamente el mismo exceso del mal es el que permite pronosticar la crisis. En Venecia todo es posible, menos lo que hay subsistente en la actualidad: cuando los sucesos llegan á cierto límite, su desenlace se verifica de un modo inesperado y casi siempre de una manera pacífica. La casa de Austria, á costa de larga experiencia, ha podido comprender que los Ejércitos y las escuadras de nada sirven en casos dados.»

Estas palabras del *Constitutionnel*, por lo tocante á la deplorable situación del imperio austriaco, parecen tener bastante exactitud, si se atiende á las manifestaciones de la opinión pública en Alemania, decididamente favorable al único desenlace posible en las presentes circunstancias, esto es, la cesión del Véneto.

«El Austria, dice la *Gaceta de Ber-*

27



MORO RIFEÑO DE LA TRIBU DE BOCOYA, FRENTE AL PEÑON.  
(Remitido por nuestro corresponsal D. J. Granche.)



lin, no tiene otro camino, ó ceder el Véneto, si no puede retenerlo, ó atender á su defensa sin contar con el auxilio de nadie.

«No cree la Prusia que su mision sea ir á derramar su sangre por el Austria: no teniendo ninguna influencia ni sobre el Gobierno, ni sobre la política exterior de aquella potencia, mal haría en participar de la responsabilidad de aquel Gobierno y de las complicaciones que surgirán de aquella política. Los enemigos del Austria, no por eso lo son de la Prusia.»

El Presidente de los Estados-Unidos se felicita en su último mensaje de la manera con que al fin ha sido resuelta entre la Gran-Bretaña y el Gobierno de la Union americana la grave cuestion de derecho marítimo que desde hace veinte años ha estado á punto de suscitar graves conflictos entre ambos países.

Debe ser un motivo de sincera satisfaccion, dice el Presidente, que Inglaterra haya por último abandonado la pretension de ejercer derecho de visita y registro sobre los buques americanos en alta mar en tiempo de paz.

Esa fué la cuestion que mas ha amenazado turbar la paz de ambas naciones desde la guerra de 1812, y mientras ha subsistido pendiente ha estado siempre á punto de producir funestas consecuencias.

La exasperacion que en 1858 produjeron las visitas hechas en buques americanos en las costas de Cuba, demuestra con cuánta discrecion ha obrado la Gran-Bretaña al renunciar definitivamente el ejercicio de un derecho que tan enérgicamente le era disputado.

Este hecho revela en nuestro concepto, con qué facilidad la Inglaterra sabe amoldar á las circunstancias sus principios mas inflexibles y sus pretensiones mas queridas.

El Gobierno inglés al adoptar este partido, no ha hecho mas que seguir las lecciones de la política y de la experiencia, y la humanidad debe congratularse al ver desaparecer esa nueva causa de perpétua inquietud.

Hasta aquí nada encontramos en el citado mensaje que no sea digno de aplauso; pero luego perdiendo su lucidez (dispénsenos la palabra) torna á la antigua mania de adquirir la isla de Cuba para cortar de raíz, segun dice, la trata que motivaba el derecho de visita.

¿No sería mejor que el Presidente dijera: «Para que los partidarios de la esclavitud que existen aquí, entre nosotros, tengan mas vasto campo de ejercer sus especulaciones?»

El Gobierno francés ha recibido ya, segun parece, un despacho del Baron Gros, transmitido desde Pekin por la vía de San Petersburgo con fecha del 7 de noviembre último, confirmando la noticia de la ratificacion del tratado de paz entre el hermano del Emperador y los plenipotenciarios de Francia é Inglaterra. El *ultimatum* de Shang-hay ha sido aceptado. El canje de las ratificaciones del tratado de Tien-Tsing ha tenido lugar, y por consiguiente la Francia recibirá una indemnizacion de 60.000.000 de francos, de los cuales debió tomar el 30 de noviembre á buena cuenta 3.750.000.

El Gobierno chino autoriza la emigracion de colies. Los templos y sus dependencias, que en otros tiempos pertenecieron á los cristianos, en todo el imperio volverán á serles devueltos con intervencion del plenipotenciario francés.

El día 29 de octubre se cantó un solemne *Te-Deum* en la catedral de Pekin, restablecida ya en las torres de aquel edificio el sagrado signo de la redencion cual se ostentó en otros tiempos.

#### INTERIOR.

Habiendo tenido el gusto de dar razon de todos los actos de la benéfica Junta instituida en esta corte para dar premios á la virtud, debemos necesariamente completar el propósito dando tambien cuenta de las dignas personas en quienes ha creído deber aquella humanitaria corporacion derramar los beneficios que les tenia reservados.

El primer premio de 4,000 rs. fué consignado á ANTONIO LOPEZ LOBERA, jornalero, que trabajaba en las tahonas del

Pósito, ganando 6 rs. de jornal: á pesar de hallarse con frecuencia enfermo, y teniendo que sostener á su mujer y tres hijos menores, recogió en 6 de mayo de 1855 al niño de tres años Lucio Figueredo, que por muerte de sus padres quedaba del todo desamparado. Además de las circunstancias notables de no contar el Antonio Lopez Lobera mas que con un jornal tan corto é inseguro en su edad sexagenaria, hay la muy atendible de que el niño es sordo-mudo é imbecil; de manera que ni aun podía prometerse que le recompensase un día con la gratitud sus afanes y desvelos.

Otros tres premios de 1,000 rs. ofrecidos á acciones del mismo género de la anterior, fueron concedidos: á MANUEL ANEGAS, VICENTE GARRIDO y D. MIGUEL ROJAS GIL. El primero, cuyo jornal diario son 6 rs., y es lo mismo que su esposa de edad sexagenaria, recogió dos niñas, llegando su caridad al extremo de cederles el lecho y acostarse, aunque padeciendo reumatismo y una afeccion al hígado, sobre paja y andrajos, á fin de que aquellas descansasen. El segundo, Vicente Garrido, viudo con seis hijos, recogió en 27 de julio de 1855, otro niño, y atendió con los 9 rs. que gana el día que trabaja á su educacion, sin faltar á la de sus seis hijos en disposicion que, sin contar 11 años, está ganando jornal en una imprenta. El tercero, D. Miguel Rojas Gil, escribiendo, que gana 9 rs. diarios, recogió dos huérfanas, y ha conseguido darles una educacion digna de la clase á que perteneció su difunto padre, Capitan de la Guardia civil.

Se concedió ademas por esta clase de acciones certificacion de aprecio y recomendacion á favor de Agapito Lopez, manguero de la villa, que recogió en 20 de julio de 1855 dos niños, uno de 6 años y otro de mes y medio, y costeó la lactancia de este último vendiendo su propia ropa para pagar la nodriza.

Se concedió el segundo premio de 4,000 á HERMENEGILDO DURANTE, zapatero de portal en la calle de las hileras, número 2. Este honrado artesano, que por todo recurso cuenta unos seis reales diarios, producto de su trabajo, y 80 mensuales que le dan los vecinos de la casa, ha sostenido á su padre y tiene en su compañía á su anciana madre y dos hermanas, á cuyo sustento atiende sin descuidar el de su mujer y cuatro hijos pequeños.

Otro premio de 1,000 rs. se adjudicó á favor de MARCELINO TABARES, que con 8 rs. diarios que gana en su oficio de curtidor, y á fuerza de privaciones y de una admirable conducta sostiene desde que principió á trabajar, á su anciana madre, ciega, y á su abuela lisiada.

El tercer premio de 4,000, ofrecido al que voluntariamente hubiese espuesto su vida por salvar á alguno de sus semejantes, con conocimiento previo del peligro á que se esponia, no fué reclamado por nadie que reuniera las condiciones exigidas; pero se dió certificacion de aprecio á JOSÉ PAZ HORTELANO, que en 7 de setiembre de este año salvó la vida de dos niños arrastrados por un fuerte alubion en el arroyo del puente del Espíritu Santo.

El cuarto premio de 4,000 rs., designado para recompensar la lealtad de un criado, que con un salario de 60 rs. hubiese prestado á sus amos servicios especiales, y permanecido á sus órdenes mas número de años, recayó en MARIA DEL CARMEN SIERRA, natural de Barcelona, que en el largo período de 56 años que ha estado sirviendo, ha dado á sus amos pruebas de afecto y abnegacion, cuales ni de un hijo habrían podido esperarse. En obsequio de aquellos renunció al matrimonio que estaba á punto de contraer; vendió el ajuar que para este objeto tenia preparado; los acompañó á país extranjero; hizo un viaje á pié, y en medio de la guerra civil desde Barcelona á esta corte; sin temer la pérdida de la salud de que estaba amenazada si se entregaba á las ocupaciones de la cocina, se dedicó á condimentar el alimento de su ama, y fué á consecuencia atacada de una congestion cerebral y la pérdida de un ojo; mas no desistiendo á pesar de su noble propósito volvió á dedicarse á las faenas de la cocina, y volvió á recaer en otra congestion cerebral, de cuyas resultas quedó sorda y coja.

La lealtad de esta admirable mujer es tal que, aun hoy día, no toma una hebra de seda de la casa para coser su ropa, y se alumbra de noche con luz costeada por ella cuando la necesita para sus usos particulares.

Diéronse cuatro premios de 1,000 por rasgos de igual abnegacion á FRANCISCA JABONERO, á PETRA NAVARRO, MARIA JOSEFA PIZARRO y ANTONIA MENDEZ.

El quinto premio de 4,000 rs. ofrecidos al padre de familia que se haya impuesto mayores privaciones para dar á sus hijos una esmerada educacion, se concedió á MARIANO CUESTA, que con el estipendio de 4 rs. que gana como mozo de café, ha criado y educado nueve hijos y una sobrina, sabiendo los varones leer, escribir y contar, y ofreciendo el primero grandes esperanzas en la profesion de tallista á que se ha dedicado.

Asimismo se concedió un premio de 1,000 rs. á D. JOSÉ MARIA SANZ DEL PINO, por la esmerada instruccion, que á pesar de una absoluta falta de recursos, ha hecho adquirir á su hija.

El sexto premio de 4,000 rs. ofrecido al artesano que careciendo de recursos para establecerse resulte digno de consideracion por su conducta, laboriosidad, honradez y actos marcados de fidelidad, se concedió á ANTONIO CRESPO, natural y vecino de esta corte, casado, que vive calle de San Vicente, número 3, y gana á lo sumo 8 rs. como oficial de ebanista; el cual hallándose el día 14 de agosto último sin tener que comer y sin haber encendido lumbre en su casa, encontró en el teatro de Price una petaca con 28,000 rs. en billetes, cuya suma no tocó, haciendo las gestiones necesarias para averiguar quien fuese el dueño. A los dos dias supo pertenecer al conocido Mr. Hermann, á quien el honrado Crespo, rodeado de miseria, entregó intacta la petaca. Es ademas digno de consideracion por los hechos siguientes: En 4 de diciembre de 1848 recogió un niño de un año de edad, al que á fuerza de imponerse privaciones ha educado, dedicándose hoy al oficio de tallista. En 19 de julio de 1854, guiado de sus nobles sentimientos y despreciando su vida, salvó la de 15 Guardias civiles. En 2 de febrero del presente año recogió á su cuñada, que se desacomodó del servicio doméstico por encontrarse enferma, á la cual asistió con el mayor esmero hasta el 8 de marzo, en que falleció, habiendo tenido que empeñar los colchones de su cama para pagar los gastos que se originaron.

Y se dieron, por último, otros dos premios de 1,000 rs., por análoga causa, á JOSÉ ESQUER y á ISIDRO PEREZ.

F. M.

#### PENAS Y SUPPLICIOS

EN LA

#### ANTIGÜEDAD Y EN LA EDAD MEDIA.

(Continuacion.)

#### IV.

En la edad media era muy comun la pena de *emplumar*. En el reglamento que dió Ricardo, Corazon de Leon, al partir para la Tierra Santa el año 1189, para matener la disciplina á bordo de los buques de su escuadra, se encuentra el artículo siguiente: «Si alguno es convencido de robo se le verterá sobre la cabeza pez derretida é hirviendo y encima plumas de la almohada, para que pueda ser conocido; y en seguida se le abandonará en la primera tierra donde toque el buque.» Con esta pena eran castigados los maridos infieles á sus mujeres.

Muchos ejemplos se encuentran de burlas hechas por particulares en aquellos tiempos á otras personas emplumándolas; en 1198 una religiosa fué maltratada, buntada de miel, emplumada y paseada en un caballo, montada al revés; pero Felipe Augusto de Francia castigó á los que cometieron este crimen, haciéndoles ahogar en una cuba de agua hirviendo.

En la antigüedad y en la edad media se daba una sangría á los soldados á quienes se iba á imponer una pena infamante. La sangría, andando el tiempo quedó en uso para castigar diferentes faltas, por la ficcion legal del que cometia una falta estaba enfermo.

Las penas infamantes eran muy numerosas, entre otras citaremos las siguientes: La llamada *harmiscara* era una pena correccional que se ejecutaba de la manera siguiente: Los hombres debían andar cierto tiempo, y muchas veces detrás de las procesiones debían ir con la cabeza descubierta y los



piés y las piernas desnudas, llevando una silla ó un perro sobre los hombros.—«Todo hombre libre, dice una capitular de Carlo Magno del año 800, que á pesar de la prohibicion del Emperador oculte un malhechor en palacio, será condenado á llevar al criminal sobre los hombros hasta la plaza pública, y á ser atado al mismo poste que él.»

El testigo falso era condenado á llevar siempre colgadas al pecho y á la espalda dos lenguas de paño encarnado de palmo y medio de larga y tres dedos de anchas. En la edad media, en la mayor parte de los países de Europa, las mujeres que pegaban á sus maridos, eran condenadas á recorrer la ciudad ó aldea montadas al revés en un asno y llevando agarrada la cola del animal.

En 1595 el Bailio de Hambourg, mandó que la mujer que hubiera pegado á su marido, debía, segun el uso antiguo, montar sobre un asno, y el hombre que se había dejado pegar, llevarlo por la brida. En caso de ausencia del marido, el que llevaba el asno por la brida era el vecino mas próximo. En algunos países, los maridos que pegaban á sus mujeres, eran condenados al mismo castigo, que debían sufrir el 1.º de mayo.

En 1621 un abogado, inglés y católico, llamado Floyd, fué condenado por la Cámara de los Lores á ser espuesto á la vergüenza en tres parajes diferentes, siendo conducido de un lugar á otro á caballo con el rostro vuelto hácia la cola del animal. En la misma época, la Cámara de los Comunes condenó á dos Oficiales á montar sobre un caballo, espalda con espalda, con un cartel al pecho, y de esta manera debían ir desde Westminster á la Bolsa.

Cuando dos mujeres riñendo se peleaban y se daban de golpes, eran condenadas á ir y volver desde la puerta de Oriente á la de Occidente y vice-versa, llevando cada vez una de ellas dos piedras grandes, y siendo aguijoneada con un pincho de hierro por su compañera, y las dos iban en camisa.

Una pena muy en uso en los tiempos caballerescos era no comer pan á manteles: «Hermanfredo poseía el reino de Turingia á medias con su hermano Baderic, y cuenta Gregorio de Tours, que Amalaberga, mujer de Hermanfredo, era perversa y cruel; y un día al ir á sentarse á la mesa su marido vió que el mantel solo cubría la mitad de la mesa; habiendo preguntado la causa de esto á su mujer, ella le contestó, que quería decir, que al que se contentaba con la mitad de un reino, le convenia tener la mitad de la mesa vacía; con lo cual escitó á Hermanfredo á levantarse contra su hermano.

Muchos ejemplos pudieran citarse de la aplicacion de esta pena.

En Roma los comerciantes que quebraban, debían llevar en público un gorro negro (berretum) de forma piramidal, y también sufrían otras penas infamantes. En Luca llevaban un gorro encarnado; en Pádua y en otras ciudades había en la plaza pública una piedra llamada de la vergüenza. El comerciante ó negociante que quebraba fraudulentamente y abandonaba sus bienes á sus acreedores, era condenado á sentarse enteramente desnudo sobre ella, y dar tres golpes en ella con su parte posterior, diciendo en alta voz: «Cedo mis bienes.» Desde Falaris, el inventor del famoso toro, pueden citarse cierto número de individuos que han sufrido las penas y suplicios que ellos mismos inventaron. En el siglo ix, Motawakkel-Billah, décimo califa abasida de Bagdad, se vengó del Visir Mohamened-Ibn-Hammad, que intentó destronarle, impidiéndolo dormir durante muchos días y encerrándolo despues en un horno de hierro erizado de agudas puntas enrojecidas al fuego, suplicio inventado por el mismo Visir. En 1691 el gran Visir Ali-Pachá introdujo la costumbre de que los funcionarios que perdían su favor, fuesen arrastrados ignominiosamente por dos bueyes en un *araba*, especie de carreta sin ruedas. El Kyzlar-agaci Ismail, destituido por el gran Visir, fué condenado á este infamante suplicio, y ya estaba para subir al carro, cuando su sucesor, Nezir-Agá, espuso á la Sultana contra el ultraje que se iba á hacer á un personaje tan elevado; é instruido el Sultán de esta violacion de la etiqueta, quitó el sello á Ali-Pachá y lo envió desterrado á Rodas sobre el mismo carro que había preparado para su enemigo.

Segun Procopio, delante de la puerta del palacio de los Reyes de Persia había un tripode de hierro, donde esperaban sentados su sentencia los que habían incurrido en la

desgracia del Principe. Nadie podia socorrerlos, y les estaba prohibido buscar un asilo en los templos.

En Constantinopla había dos manos de bronce selladas en una pared del palacio imperial. Cuando los sentenciados á muerte pasaban mas allá de este punto, el Emperador mismo no podia perdonarles la vida.

(Se continuará.)

J. S. y S.

## ANALES DE LA CENSURA.

(Continuacion.)

Nos limitaremos á citar un solo ejemplo.

Servet que posteriormente (en 1535) fué quemado en Ginebra, hizo imprimir á sus espensas en 1535, en Viena del Delfinado, el célebre *Christianismi restitutio*. Tiráronse 800 ejemplares de esta obra, que á escepcion de tres ó cuatro, todos han sido quemados en diversas épocas, habiéndose llegado á vender uno de ellos en 5,800 francos, y otro ejemplar en 4,120. Durante el 1791 se hizo una reimpression de esta obra calcando página por página.

Veamos lo que en aquella misma época sucedía en Escocia é Inglaterra por lo tocante á la censura.

En el quinto parlamento celebrado en Edimburgo por la Reina María de Lorena se promulgó un edicto prohibiendo imprimir *ningun libro, balada, cancion, blasfemias, versos ni tragedias en inglés ó en latin*, sin haberlos preventivamente sometido al examen de personas sábias y discretas designadas al efecto por la Reina.

En 4 de mayo de 1536 recibieron los libreros de Lóndres su primer *carta-licencia* de Felipe y de María; esta carta fué reservada por Isabel en 1588, ampliada por Carlos II en 1684, y confirmada por Guillermo María en 1691. Los privilegios que en esa carta se concedían á los libreros no eran de naturaleza que merezcan ser reclamados por estos en la época actual. Les concedía derecho sobre todas las composiciones literarias, y les autorizaba para hacer pesquisas en casa de todos los particulares con relacion á los libros que consideren como perjudiciales al Estado, ó á sus propios intereses, permitiéndoles entrar segun les plazca, en todo sitio, casa, tienda ó habitacion perteneciente á impresores, encuadernadores, etc., y para apoderarse, quemar ó convertir en propio uso lo que consideren como contrario á la forma de un estatuto, *bill*... etc., hecho ó por hacer, etc....

Facil es comprender qué multitud de abusos se originarian de semejantes privilegios.

En 1487 se estableció en Inglaterra un tribunal denominado *Cámara estrellada* á causa de la decoracion que adornaba el salon donde los jueces acostumbraban reunirse. La jurisdiccion de este tribunal que posteriormente fué ampliándose, concluyó por comprender de lleno las funciones de la censura.

Veamos cómo se espresó en algunos de los artículos de un acuerdo que espidió en 1566:

«Nadie imprima, ni mande imprimir, introduzca, ni deje introducir en este reino ningun libro opuesto á la letra, ó al espíritu de las ordenanzas y prohibiciones contenidas ó que deben contenerse en los estatutos y leyes de este reino, y en las órdenes, cédulas ó pragmáticas espeditas por la Reina ó en su nombre.

Los guardianes del gremio de los libreros ó dos diputados de su seno, quedan facultados para registrar en los puertos de mar todos los fardos, paquetes, que entren en el reino y que contengan libros ó papeles; igual registro podrán hacer en todos los almacenes, tiendas, talleres de impresores y libreros, y en cuantos sitios puedan inspirarles sospecha.

Todo librero, impresor ó comerciante que se dedique á la impresion, encuadernacion, venta ó introduccion de libros en este reino debe depositar ante los miembros de la comision, ó ante otras personas designadas al efecto, fianzas por sumas razonables á juicio de los comisarios. Estas fianzas servirán de garantía, de que observarán fielmente el espíritu de la ordenanza, y de que podrán pagar las multas que en el caso de infraccion les sean impuestas.»

Esta providencia de la Cámara estrellada, que como se vé dejaba ancha puerta á la arbitrariedad, fué refrenada por los miembros del Consejo privado, en el número de los cuales se echan de ver las firmas de Bacon, Cecil y Leicester.

Estas medidas no parecieron suficientes, por cuya razon Isabel en 1595 espidió un nuevo edicto á propuesta del Arzobispo de Cantorbery. En este edicto se prevenia á todo impresor, ó á todo el que tuviese una prensa para imprimir libros, mapas, baladas, etc., presentar antes de espirar el plazo de diez días, una noticia exacta de dichas prensas, y medios de impresion. Los contraventores de esta disposicion eran amenazados con la confiscacion de las prensas y un año de encarcélamiento. Se prohibió también imprimir baladas, mapas, etc., no siendo en la ciudad de Lóndres ó en sus arribales; pero se concedía á la Universidad de Cambridge y á la de Oxford una prensa para su uso particular.

El mismo decreto prohibía que las imprentas se establecieran en sitios oscuros ó retirados, á fin de que estando á la vista pudiesen ser visitadas de cuando en cuando por los guardianes del gremio ó sus delegados. Los que se resistieran á esta inspeccion ó ocultasen alguna prensa debían ser castigados con encarcélamiento y confiscacion, y privados de ejercer su oficio ni como simples obreros.

(Se continuará.)

## ESTUDIOS MILITARES.

No puedo menos de experimentar una emocion de sagrado respeto al estampar estas palabras.

¡Las Cruzadas!

¡La evolucion mas sabia de la cristiandad, y al mismo tiempo la mas criticada, por hombres cuya autorizada firma ha arrastrado á la multitud, en fuerza del predominio que dá la celebridad!

¡El eterno é indescriptible poema de la abnegacion y de la fé, que intentó examinar en el terreno científico-militar, donde tan anatematizado ha sido sin justicia!

Si hubiera de disertar únicamente acerca de los inmensos beneficios que las Cruzadas han reportado al mundo entero, á pesar de su éxito desgraciado, fácil y gustosa seria mi tarea.

Pero una rápida y superficial revista de lo mucho que á las Cruzadas debe la civilizacion y el cristianismo, que son una misma cosa, una mirada, siquiera fugaz, merecen de nuestros ojos, aunque no sea con otro objeto sino con el de ratificar las aserciones de mi anterior artículo, en que demostré los bienes que son consecuencia indeclinable de la guerra.

Veremos si concretando mis teorías á hechos prácticos y evidentes, consigo hacer callar alguna vez á esas difamadoras plumas que lamentan con cálculos erróneos y mezquinos hasta lo que cuesta el hierro de nuestros fusiles, que quisieran convertir en calderas de vapor, como si los ferrocarriles pudiesen existir sin sociedad y la sociedad sin leyes y sin bayonetas que la hagan respetar.

Demos de mano todas las consideraciones sociales que asaltan á la imaginacion, solo al considerar las consecuencias de la primera vez que el cultivador fué dueño de abandonar el terreno.

Hablemos únicamente del desarrollo de la industria y del comercio, debido á aquellos largos viajes que trasplantaban á millares de leguas tantas imaginaciones, que no habían tenido jamás otro alimento que las impresiones de su aldea.

Basta recordar los nombres de la Siria, de las costas del mar Negro y del Jónico, y evocar su historia.

Las ciudades marítimas de la Italia ¿qué eran antes de las Cruzadas? ¿Qué fueron inmediatamente despues?

¿A qué debieron su opulencia y el instantáneo engrandecimiento de sus operaciones mercantiles todo el Mediodía de la Francia, los frisonos, flamencos, Brema y Lubeck, cuya industria y cuyas artes tomaron un gigantesco vuelo?

¿Quién hizo estos milagros?

¡La guerra! ¡Las Cruzadas!

La multitud de séres que eran transportados llenos de entusiasmo en embarcaciones, que á su retorno, en vez de





VISTA GENERAL DEL MONTE Y BAHÍA DE SANTOÑA, CON LOS PUEBLOS DE LAREDO, CUMDRES Y RIA DE LIMPIAS, TOMADA Á UNA LEGUA DE DISTANCIA DESDE LA CASA SOLAR DE D. LUIS DE LA MAZA, EN EL PUEBLO DE ADAL.

lanzas y broqueles, venían atestadas de raras mercancías, bien trabajadas telas y sabrosas especias.

¿Quién obligó á dar á la marina ¡acertadísimos pasos en la ciencia de las construcciones?

¿Por qué se armonizó la forma de los bastimentos pasados y macizos del Septentrión con la de los ligeros y veloces del Mediterráneo?

¿Quién hizo abandonar por el marítimo el transporte terrestre, entre Amberes y Génova?

¿De dónde vino la idea de la necesidad de las armas?

¿De dónde, hasta el árabe título de *Almirante*?

¿Quién enriqueció con la caña de azúcar del ardoroso Libano, primero la Sicilia, y luego sucesivamente á Granada y á Madera, y por fin á América?

¿De dónde trajo el piadoso San Luis el renúnculo con que adornaba sus jardines?

El trovador Thibaldo unió su nombre en la historia al de las rosas de Damasco, Roger de Sicilia á la morera, porvenir de la Italia; y sería eterna esta compendiada reseña, si hubiera de hacer constar una á una todas las adquisiciones de que la industria, las artes, el comercio, las ciencias y la agricultura, son deudas á las sacrosantas Cruzadas, á la guerra.

¡Pesar causa, y muy grande, á nuestro entusiasta corazón, no relatar tantos y tan importantes adelantos, con-

quistados con la sangre preciosa de los sublimes mártires de la gran epopeya cristiana!

Considerando bajo otro punto de vista las Cruzadas, es mas pasmoso todavía el exceso de génio que se necesita para trasladar á pobres frases, las elevadísimas concepciones del alma, atónita ante el espectáculo arrebatador de mas de un millon de cristianos, animados de una abnegación tan sublime, como difícil de comprender, en la época de mezquino egoísmo y miserable cálculo que atravesamos.

El Sr. Feudal vende sus castillos á bajo precio para procurarse medios de trasladarse á la Tierra Santa: el humilde pechero, y el esforzado, pero pobre caballero, emprenden su marcha en pos de la triple aurora de lo bello, lo infinito y lo glorioso, que circunda la santificada cima del Gólgota, sin mas recursos que una ciega confianza en el Dios que sustentó en el desierto al pueblo de Israel.

El poeta, el monje, el anciano, la religiosa, todos anhelan encontrar el laurel de la victoria, ó la palma del martirio en la tierra que ha recogido la sangre que redimió á la humanidad entera.

No aspiro, no, á hacer la pintura de tan inmenso cuadro. Mas humildes son mis propósitos, porque me siento arrebatado ante una gloria que toda la inspiración del Tasso no ha alcanzado á cantar dignamente, ni jamás lengua hu-

mana llegará á conseguirlo, sin una gracia especial del que ha dotado á la naturaleza de armonías y llenado los callados espacios de dulcísimas cadencias, que se apoderan del alma sin haber pasado por los sentidos.

Voy solo á dejar establecida mi opinión sobre las Cruzadas, bajo el punto de vista del arte militar, y entro en el asunto con harta desconfianza, porque vituperadas y hasta ridiculizadas estas expediciones por muy respetables autores, me atrevo á no convenir con sus apreciaciones. . . .

... Dos siglos de combates en lejanas comarcas, durante una época de atraso llevado hasta el extremo de que los hombres de guerra ignoraban los rudimentos de la escritura, campañas de las cuales no tenemos aquellos detalles y pormenores que solo los contemporáneos pudieran proporcionarnos con respecto á la táctica y la poliorcética; nos ponen en el caso de no poderlos examinar con fundamento, sino en la parte de concepción y en la estratégica, so pena de emitir juicios ocasionados al error.

La acerba crítica de Voltaire y otros autores semejantes que solo quisieron ver *fanatismo*, desórden y mal resultado en las Cruzadas, en las empresas que no he vacilado en llamar *la evolución mas sabia de la cristiandad*, estos embrollos los comprendo perfectamente y no les haré el honor de repetirlos.

Pero no se hallan en el mismo caso alguna que otra aventurada frase del justamente célebre Rocquancourt, Comandante de escuadron en el cuerpo de Estado Mayor francés, Subdirector de estudios de la Escuela, antiguo alumno de la pirotécnica y antiguo Capitan de ingenieros, miembro de la Academia de Caen, porque sus obras están destinadas á la instrucción de los Oficiales, y la circunstancia de haberse adoptado tambien como texto en alguna Academia facultativa del Ejército español, hace que sus doctrinas sean de trascendencia para nosotros, é interesa señalar algun defecto, envuelto entre sus brillantes y bienazonadas teorías.

A pesar de la presión que se conoce han ejercido en el espíritu del citado autor las *verdaderas preocupaciones* del país donde escribe, es evidente que su sano juicio y buen criterio le inclinaban, sin poderlo evitar, á ser indulgente con los Cruzados, pero no se ha dispensado, sin embargo, de escribir estas palabras:

*El entusiasmo por las Cruzadas, que tan repentinamente enardeció á la cristiandad, fué el efecto quizá de un celo mas generoso que acertado.*

Lo cual, unido á su bien explicita opinión, que en otro lugar consigna, sobre la inconveniencia de estas expediciones en aquel siglo, son un severo, y á mi modo de ver, injusto cargo de falta de oportunidad.

Una mirada retrospectiva á Cartago y á Roma, y una ligera esposición del estado del cristianismo cuando la Fé se abrazó á la Cruz y empuñó la espada, darán la mas cumplida contestación á estos asertos.

No hay escritor militar de nota que no prodigue los mas entusiastas aplausos á la conducta de Scipion, cuando acosados los romanos por las brillantes campañas de Anibal, llevó la guerra al corazón del enemigo, y despues de recoger los laureles de Cartagena, pasó al Africa y obligó á pensar en su propia defensa al arrogante vencedor de Cannas, que habia de ser á su vez vencido en la sangrienta jornada de Zama.

El mismo Rocquancourt asi lo consigna en la lección quinta del tomo primero de su *Curso completo de arte é historia militares*.

Pues el caso que nos ocupa es enteramente análogo. Desde las orillas del Ebro hasta las del Eufrates un grito de amenaza se hacia oír con la poderosa voz de millares de sectarios del islamismo.

España, la valerosa España, batallaba y batallaba sin tregua y sin descanso con los árabes, dueños de la mayor parte de su territorio, y solo el heroísmo de nuestra raza pudo ser el valladar que defendiera la civilización latina, próxima á sucumbir y ser borrada al soplo ardiente de la sensual y corrompida de los orientales.

La Francia, la Italia, Roma misma, vieron resplandecer de cerca los morunos alfanjes.

¿Fué *fanatismo*, fué *ignorancia*, fué *falta de acierto*, fué *inoportuno* dirimir en las riberas del Jordán y del Nilo la contienda que, como prudentemente piensa César Cantú, se hubiera ventilado en las del Danubio ó del Sena?

Antes de terminar esta breve y mal perjeñada defensa del pensamiento salvador que originó las Cruzadas, quiero refutar otra apreciación del mismo Rocquancourt.

El recuerdo de Azincourt, Poitiers, etc., y mas que todo, los resultados de la batalla de Crecy le suministran razones bastantes, segun él, para asegurar que la infantería nada debe á las Cruzadas. Tambien deja sentado que *aquellas guerras no produjeron alguna mejora notable en el arte militar*.

¿Sería la primera vez, en la historia de la humanidad, que la desgracia no se convirtiera en escuela de la sabiduría!

Los hechos históricos que Rocquancourt cita probarán, todo lo mas, que la infantería tardó en recibir la organización é instrucción que en el día la han hecho invencible; pero no que las tumultuarias bandas á las órdenes del *Rey de los pobres* dejaran de encerrar el núcleo, el principio, el origen de la enseñanza de los combatientes á pié.

¿Es posible que un autor tan concienzudo é ilustrado se



deje llevar de tal modo de las opiniones dominantes, hasta el límite de olvidar, no solo los *muy notables* adelantos marítimos de que dejó hecha mención, y que tan unidos están con el arte de la guerra, del que son parte, sino todas las concepciones, hijas de la necesidad, hasta entonces no sentida por los señores feudales, de mantener Ejércitos numerosos, acamparlos, volverlos a su lejana patria y moverlos, aunque fuera en desórden, á la vista de un enemigo audaz, victorioso, dueño del país y superior en número?

Si otro día analizo con menos vaguedad alguna cruzada aislada, me prometo evidenciar completamente estas proposiciones.

*El Teniente de infantería,*  
SERAFIN OLABE.

## DESCRIPCION DE SANTOÑA.

Aunque la poca comunicación de Cantabria con los romanos en tiempo de la república, el odio que luego la cobraron, que ni aun quisieron trasmitir á la historia el nombre de sus poblaciones, y los malos cronistas posteriores, que pocas veces se extendieron mas allá de donde fué el teatro de la guerra con los árabes, hagan tan llena de oscuridad y confusión la historia de este territorio, que aun se ignora el asiento de su capital, no menos que el de otras ciudades y puertos; sin embargo, Plinio, que escribió un siglo después de la guerra cantábrica, habla de la ciudad de Julio Brigas, antes Brigama, no lejos de las fuentes del Ebro. Aquí se dice haber hallado una inscripción que decía: LEGION IV: EL PUERTO DE LA VICTORIA, PERTENECIENTE Á LOS JULIO-BRIGENSES.

El P. Florez, con referencia á otros historiadores, habla de otra inscripción sacada de Tierra en Puerto, lugar entre Santander y Laredo; y no habiendo entre estos otro que el de Santoña, le califica por el antiguo de la Victoria, perteneciente á los Julio-brigenses, y que siendo Victoria voz latina, este fué el paraje donde Agripa, después de la derrota de los cántabros en Aracillo, 25 años antes de la era vulgar, entró victorioso con su armada y le dió aquel nombre.

Dentro de su bahía, y á una legua de distancia sobre la orilla del agua, hay un sitio llamado Ancillo, de cuya voz se ignora la etimología ó principio; pero por su semejanza con Aracillo, por no saberse cuál fué este puerto, y la circunstancia de inmediación á Santoña, donde ancló la escuadra que protegía al Ejército romano, no estará fuera de lugar el decir que este pudo ser muy bien el paraje donde se dió el último golpe á la libertad de los cántabros. A esto contribuye también el existir á una milla de allí, y en las cumbres del monte que llaman Deano, las ruinas de un castillo mas antiguo que la invención de la pólvora, y compuesto de dos recintos. El exterior tiene 60 varas de lado, con cuatro torreones circulares, y el interior conserva aun un lienzo de muro de casi 50 piés de altura, indicando que en otro tiempo la tuvo mayor; su posición es tal, que para llegar á él es preciso agarrarse de las peñas y las ramas.

La tradición nada dice del tiempo de su fábrica. Suponerla de los sarracenos sería algo impropio, no habiendo pisado ellos este suelo; casi se debe mas bien atribuir á los antiguos cántabros y á aquellas edades en que hicieron guerra á los romanos.

Que después de tantos siglos conserve señales tan claras de su existencia, nada tiene de extraordinario, cuando se hallan en buen estado la Argeria de Mérida, edificada por Augusto, y los puentes de Alcántara ó Segovia por el Emperador Trajano.

En una Memoria manuscrita se lee también: que en la descripción cantábrica este fué el puerto que señalaron los antiguos geógrafos bajo el nombre de la Victoria, 56,000 pasos de la famosa Julio-Briga en las fuentes del Ebro. El P. Arguís, que escribió á mediados del siglo XVII, no solo conviene en que este fué el puerto de los Julio-Brigenses, sino que vista su numerosa población por Santiago, le dió iglesia catedral, y por Obispo á su discípulo San Arcadio. Fué la diócesis cantábrica de Peñas abajo. Convirtió su antiguo nombre en el actual por el mártir San Ananías, despedido al mar, y gozó tal ascendiente sobre los otros marítimos pueblos, que por antonomasia se le llamaba puerto,

prerogativa que no solo se halla atestiguada por documentos de los Abades del monasterio, que no firmaban mas que *N. Abbas de Portu*, sino que se ha trasmitido hasta ahora la tradición, no usando las gentes de la aldea y pueblos comarcanos otra voz que la del Puerto para señalar á Santoña, ni la Virgen, patrona del pueblo, es conocida con otro nombre que el de la Virgen del Puerto.

Obtuvo varios privilegios de los antiguos Reyes de Castilla, y (como se ha dicho) llevó la primacía en toda la comarca, hasta que en el siglo X, abordando los normandos sobre esta costa, llevaron por toda ella el hierro y el fuego, señalándose particularmente con Santoña.

Después acá, aunque el templo fué reedificado, y obtuvo por uno de sus Abades á un Príncipe de la sangre, fomentado Laredo en el siglo XIII por las colonias que mandó Alfonso VIII para el restablecimiento de la costa, oscureció su población la de Santoña, y el puerto fué conocido bajo el nombre de Laredo; mas habiéndose agolpado allí de tal modo las arenas que separan las de su antiguo muelle, donde poco mas de cien años hace se amarraban buques de tres palos, distancia tal que entre uno y otro hay ahora arboledas y sembrados, le imposibilitan dar anclaje á buques de cubierta, y no habiendo perdido Santoña esta ventaja, vuelve el puerto á ser conocido por su antiguo pueblo.

Cuando se considera en Laredo esta mudanza de las arenas y las aguas; cuando se mira que el espacio entre Colindres y el Puntal del Sable, no presenta en arboledas, ni edificios monumentos de antigüedad próxima ni remota; cuando se observa que el referido puntal se arrima al N. cada vez mas, y las aguas, introduciéndose en Santoña, han destruido edificios que estaban antes separados de la orilla; cuando se lee al italiano Juan Botero, que con referencia á otros historiadores, dice que Laredo es capaz de una gran armada; y en fin, cuando se oye la tradición y se vé el privilegio de un convento ya arruinado entre Colindres y Laredo; para ir desde allí á este último pueblo, es preciso decir que el antiguo puerto de la Victoria tuvo muchos mas límites que ahora, y que la mayor parte y casi todo el arrenal del Sable, cubierto por las aguas y sirviendo de fondeadero, le dieron el nombre y reputación de que es testimonio la historia.

En el día, reducido á mas estrechos límites, por las causas referidas, solo será capaz de cuatro ó cinco naves de línea á 110 brazas distantes, triple número de fragatas y 300 á 400 trasportes. La barra tiene de 16 á 17 piés de agua en el flujo de las grandes mareas, y subiendo hasta 24 en el reflujo de las muertas, pueden todos los días entrar y salir con franqueza navíos de sesenta á setenta, pero los de aquí para arriba solo pueden hacerlo cuatro ó cinco días de cada marea viva, es decir, la tercera parte del tiempo.

Este inconveniente sería de gran consecuencia, si no hubiera el ante-puerto ó fondeadero exterior, llamado el *Fraille*, capaz de escuadras numerosas, poniéndolas al abrigo de los principales temporales de esta costa, que son entre el 3.º y 4.º cuadrantes (1). Esta ventaja, la facilidad de cojerle, la limpieza de su fondo, no solo en el canal, sino en sus orillas, y otras varias cualidades, han hecho que la corte le haya mirado con mas ó menos atención en todos tiempos, y los navegantes de Europa con preferencia á todos los de la costa.

(Se continuará.)

El romance que damos á continuación está tomado de la obra que con el título de ROMANCERO DE LA GUERRA DE AFRICA escribió el Sr. D. Eduardo Bastillo, y ha sido publicada en nuestro establecimiento.

La prensa periódica ha emitido ya su opinión acerca del mérito literario de esta obra, en la cual «no hay página que deje de estar enriquecida con la elevada expresión de los sentimientos que inspiró aquella lucha, referidos con las galas de una entusiasta imaginación y la mas pura cadencia rítmica.»

En este concepto puede considerarse como digno trofeo que la poesía nacional dedicó á los héroes de aquella inmortal campaña.

(1) La roca ó peña llamada la Merana, está en el plano de Toño, mas afuera ó separada de lo que realmente dista de la montaña.

Juzgándola nosotros bajo ese punto de vista, hemos procurado que esos patrióticos cantos de las Musas queden consignados en páginas cuyo primor tipográfico marche, cuanto es posible, al par de la elevación del asunto.

Grandes recursos hemos puesto en juego para conseguirlo.

Letras de adorno y orlas de distinto color y dibujo, ya alegórico, ya de pura fantasía, ilustran diversamente cada una de las páginas, alternando con láminas dibujadas por los artistas de nuestro establecimiento y estampadas del modo que el público sabe en nuestra litografía.

Nada podría seguramente contentar el deseo al tratarse de tan elevado asunto; pero una vez terminada la obra, no tenemos reparo en confesar que nos complacemos del trabajo que en ella hemos empleado.

## LA NOCHE-BUENA EN EL CAMPAMENTO.

### I.

Ya llegó la noche-buena con su alegría sin fin.

Todo es broma y algazara, todo es cantar y reír.

Las fogatas por acá, las fogatas por allí, do quiera se come y bebe, cada tienda es un festín, juegan en esta al tresillo, en aquellas al bis bis, corre en unas Valdepeñas y en otras vino del Rhin. Menudean chistes, cuentos, y anécdotas de Madrid; entóntanse villancicos con acento pastoril.

Una pandereta suena y á la vez déjanse oír con la garganta imitados ya el rabel ya el tamboril. Cantan los soldados luego al uso de su país, zorcicos, playeras, jotas, la muñeira y otros mil.

Y mientras, los centinelas de avanzada, sin dormir, con recuerdos de la patria pasan la noche feliz, y es su cantar el «¡alerta!» su compañero el fusil.

### II.

—¡Venga acá la cantinera!— dice el cabo Pedro Ruiz, que es galante con las mozas y con los moros un Cid. —¿Qué quiere á la cantinera el buen cabo?...

—Ven aquí; que quiero ver ese rostro de bendito serafín, y ese garbo y esa gracia y ese modo de decir que me tiene mas difunto que el moro Julián-Jilín que escabeché la otra tarde de un golpe de bisturi. —¿Y es de veras, cazador? —Lo mismo que he de morir. A cazar vine de España, á cazar moros del Riff, mas pierdo la puntería cuando me acuerdo de tí. Ya tengo seco el garnate, trae acá tu botiquín á ver si me refrigero con unas gotas de anís,

que ya acabamos del tinto las dos racioncillas y... si esta noche es noche-buena no es noche de...

—¿Cabo Ruiz?

Si busca usted una mona no pillarla por aquí, que en Tetuan una docena cuesta diez maravedís y hacia allá vamos andando, que lo dijo D. Juan Prim. —¡Bien por nuestros Generales que valen un Potosí! Con ellos hacen mas cuatro que con otros cuatro mil.— ¡Y llueve!... Y allá á lo lejos nunca se deja de oír la voz de las avanzadas, y toda la noche así, su cantar es el «¡alerta!» su compañero el fusil.

### III.

¡Noche-buena, noche triste! ¿Cómo han de dormirme, dí, si les brindas con recuerdos que no les dejan dormir? ¿Qué oscuridad!... Son las doce, suspira el aura sutil, y llora el ave nocturna, y oyes al Ponto rugir. Ya nadie canta ni ríe, todos tienen ante sí los cuadros de lo pasado, las nieblas del porvenir. Madres, amantes y hermanas en esta noche, decid: ¿No echais de menos las prendas para cuyo amor vivís?... Madres, amantes y hermanas, por ellas á Dios pedid, que está de parto la Virgen y vosotras no dormís. ¡Noche de santos recuerdos, sus horas no tienen fin! Y por eso en muchas tiendas con inocencia infantil; al fulgor de las bujías que se cansan de lucir, revélense los amigos muchos afectos que allí dan consuelo á los mas tristes y los hacen sonreír. Pero vagas, á lo lejos, ¡oid las voces, oid que las úrnes avanzadas no cesan de repetir!... Su cantar es el «¡alerta!» su compañero el fusil.

E. BUSTILLO.



## EPISODIO DE LA GUERRA DE BRETAÑA,

escrito en francés

POR MR. OCTAVE FEUILLET.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

XII.

(Continuación.)

El ciego sintió temblar la mano de su compañera.

—¿Qué es eso?—dijo en voz baja, mientras que el guía les precedía á cierta distancia.—¿Qué efecto moral sientes en este momento?

—Sargento,—contestó la muchacha en el mismo tono,—estoy muy turbada y desfallezco por momentos.

—¡Demonio de efecto moral!—repuso el anciano:—¡vamos! ¡mantente firme y apreta el codo izquierdo, muchacha! Figúrate que este bosque condenado es para nosotros como quien dijera, el antiguo templo de la gloria.

—Sí, de la gloria, sargento.

—Y de la memoria, amigo mío: ¿quieres que tu nombre figure en la historia en letras de oro, ó simplemente en bastardilla? ¡ahí estriba la cuestión!

—Sí, sargento, en bastardilla.

—¡Cómo diablos! ¡en bastardilla! ¡en qué piensa esta criatura!.... ¡Ah! ¿qué máquina es esta? ¡es un cañon, por vida mía! ¡bosque maldito! nunca he visto una prendería....

El buen hombre murmuró el resto de la frase entre dientes. El guía se había parado; interrogaba en voz baja á dos centinelas apostados al extremo de la alameda; los últimos reflejos del crepúsculo permitían que se distinguiese, en un ancho espacio circular, una disposición simétrica de tiendas y de cabañas bajas; algunas de estas parecían ser de una construcción mas sólida y mas reciente que las demás: sin duda marcaban el sitio de uno de esos refugios célebres que los chuanes se habían preparado desde los primeros momentos de la insurrección. Varios caminos cubiertos, semejantes al que acababan de recorrer los aventureros, conducían al claro aquel que por todos lados cercaba un arbolado espeso; á pocos pasos delante de los árboles se extendía una línea de fosos y de barricadas. Aquel campamento parecía ocupar en el bosque el lugar que ocupaba la torre de homenaje en las fortalezas de la edad media; allí se habían reunido todos los elementos de un combate terrible ó de una defensa desesperada. La tranquilidad y el orden que se observaban religiosamente anunciaban la presencia de los jefes mas importantes y la disciplina de un cuerpo de tropas de preferencia: en efecto, entre los soldados que se veían tendidos en la yerba, ó hablando en voz baja en las puertas de las cabañas, la mayor parte llevaban la casaca verde y la chupa encarnada, uniforme de los cazadores realistas; aquel cuerpo temible, organizado al abrigo de los tratados, era el que había reunido en sus filas á todos los héroes de las antiguas guerras.

Después que el guía y sus dos compañeros penetraron en el recinto, y mientras pasaban por el frente del campamento, habíanse encendido hogueras en las cabañas y proyectaban sus vacilantes reflejos sobre la multitud desparzamada por el claro del bosque: algunas fisonomías atrevidas y feroces salían á medias de la oscuridad y volvían á ocultarse en ella de repente, cual visiones que se desvanecían. El guía se detuvo hacia el centro del campamento, delante de una de las cabañas del antiguo refugio, en cuyo derredor velaba una guardia numerosa. Entró solo: algunos minutos después volvió á buscar al ciego y á la pordiosera, y los introdujo en la habitación en que se hallaba Flor de Lis.

El joven Jefe, de pie detrás de una mesa, estaba hablando con Jorge; dos hombres, con traje eclesiástico, escribían en una esquina de la mesa; algunos Oficiales estaban diseminados en grupos pequeños en el intervalo que separaba á la mesa de la puerta. Todas las conversaciones cesaron al entrar el mendigo: su hija le conlujo en frente del Jefe

y se apartó algunos pasos haciendo reverencias torpes y embarazosas. El buen hombre, con su paquete de cartas en la mano, la cabeza inclinada y el cuerpo encorvado hacia adelante en una actitud de humildad respetuosa, parecía aguardar á que le dirigiesen la palabra. Flor de Lis volvió la lámpara de modo que la luz diese de lleno en el rostro del misterioso mensajero; después que su mirada penetrante le hubo examinado minuciosamente de pies á cabeza, dijo:

—¿De dónde vienes, y quién te envía?

—¿Es V. Flor de Lis?—dijo el anciano.

—Yo soy.

—¿Qué desgracia es estar ciego!—repuso el mendigo moviendo la cabeza á uno y otro lado.—Sería un espectáculo muy grato para un antiguo soldado poder contemplar el rostro de V., Flor de Lis!

—¿Segun eso has servido, anciano?

—Me hallaba en Fontenoy, mi General: allí me rompieron la pierna. También se hallaba presente Luis XV; para pasar la noche le hicimos una cama con las banderas inglesas, y recuerdo haberle oído decir en aquella ocasión que á un Rey de Francia no debía gustarle ver tal bandera sino debajo de sus pies. Perdonen Vds. si les ofendo, señores; pero la verdad es que en un campo de batalla, para obrar bien, es preciso que tengamos á los ingleses frente á frente, y no al lado.

Al recuerdo real evocado por el anciano, todos los circunstantes se descubrieron la cabeza, y se inclinaron mirando á Flor de Lis. Una viva emoción coloreó el semblante del joven Jefe.

—¡Vamos, señores!—dijo con una sonrisa,—hé aquí un apoyo inesperado que me llega ahora. Ya lo ven Vds., la sangre de los vencidos de Crecy y de Azincourt corre todavía por las venas de todos los franceses. ¿Pero, de dónde vienes, valiente anciano?

—Vengo de Normandía, mi General. Mr. de Frotté me ha hecho conducir en un carrito hasta Fougères, y he atravesado toda la línea enemiga para traer á V. ese paquete.

—¡Ah! ¿eres normando? ¿de qué punto?—dijo Flor de Lis?

—De las cercanías de Contances, mi General.

—¡Ah!—repuso Flor de Lis fijando su vista en la moctona del capote:—¿de Contances?

En seguida, dirigiéndole la palabra en dialecto normando, añadió:

—¿Y esta muchacha, es hija tuya?

—Si señor,—contestó el mendigo en el mismo dialecto.

—¿Y ha venido contigo desde allí?

—Si señor,—y á pié desde Fougères, y casi sin descansar, porque su pobre cuerpo está muy consumido por las calenturas hace mas de seis meses, y da miedo verla.

—Vamos, señores,—dijo Flor de Lis en francés y sonriendo, es normando puro.

En seguida abrió el pliego. Después que hubo leído las cartas que contenía, cogió el sobre que había tirado al suelo y examinó atentamente el sello roto. Luego su mirada brillante se fijó un momento en el ciego con una expresión de inquietud; pero la fisonomía tranquila y venerable del pordiosero pareció que disipaba en seguida la nube de desconfianza que había oscurecido la frente del Jefe realista. Se sentó delante de la mesa y dijo:

—Buen hombre, vas á tener que ponerte en camino, otra vez, esta misma noche. Es mucha molestia, pero yo haré de modo que no te pese. En la posada del *Manzano-Florida*, á media legua de Pélán, encontrarás á un agente de Mr. de Frotté, que te aborrrará el resto del camino. Si quieres al Rey con verdadera lealtad, deja que te hagan tajadas antes que permitir te arrebaten la carta que voy á confiarte.

Al acabar de pronunciar estas palabras, Flor de Lis escribió apresuradamente algunas líneas, y después de doblar y cerrar la carta, se la tendió al mendigo por encima de la mesa. El viejo, sin mas aviso y por un movimiento sobrado natural é impremeditado, adelantó la mano para recibirla.

—¡Ah! ¡ves mas de lo que dices, amigo!—esclamó Flor de Lis retirando su brazo con viveza.—¡Hola! ¡cazadores del Rey, traición! ¡Prended al espía y á su hija!

A la voz de Flor de Lis se precipitaron en el interior de la cabaña unos diez soldados, pero ya los Oficiales se ha-

bían apoderado del fingido ciego y de la pordiosera, después de una resistencia que fué abreviada por el brazo terrible de Jorge. Durante la lucha se habían desprendido la pierna de palo del mendigo, su barba gris y la peluca rubia de su hija.

—¿Tu nombre, camarada?—dijo entonces Flor de Lis dirigiéndose al prisionero de mas edad.

—Bruidoux, sargento de granaderos en el batallón de los *Sin-miedo*.

—Ya conoces las leyes de la guerra, y sabes la suerte que te espera. ¿Tienes algo que decir?

—Respecto de mí, nada. En cuanto á este muchacho, tengo que decir que le he arrastrado conmigo á esta expedición, casi á pesar suyo, y que si le perdona V. la vida, me hará mucho mas llevadera la muerte. Nada mas.

—Impasible, amigo mío. Sin embargo, podemos entendernos: ¿Quieres alistarte al servicio del Rey?

—¿Y por qué no al del Papa?—dijo Bruidoux con gravedad.

—¿Y tú, joven?—dijo Flor de Lis acercándose al otro prisionero.

A esta pregunta siguió un intervalo de silencio, durante el cual se contrajo gradualmente la fisonomía de Bruidoux hasta llegar á la expresión de una angustia indecible.

—Caballero,—murmuró al fin el joven con voz débil, el sargento es mi superior; ha hablado por los dos.

Al oír estas palabras, las facciones del sargento veterano se dilataron cual si sintiese súbito enternecimiento; sus ojos se agitaron en sus órbitas, y se deslizó una lágrima por sus mejillas bronceadas.

—Es lástima,—repuso Flor de Lis,—porque nos gustan los corazones valientes. Reflexionad que no os propongo hagais traición á vuestra patria. Servimos á la Francia como vosotros, y mejor aun. Vamos, os doy una hora para que lo penseis, porque sentiria que murieseis.

En seguida, volviéndose el Jefe realista hacia uno de los cazadores, añadió:

—Benito, llévate los á la cabaña vacía que está al extremo del campamento; que los aten y custódialos bien. Si dentro de una hora no han variado de opinion, que sean pasados por las armas. Es inútil que vuelvas á tomar mis órdenes acerca de eso: ademas, ya no estaré en el campo.

Benito, antiguo chuan, de fisonomía dura, colocó á los prisioneros, en medio de una partida de cazadores y salió con ellos de la cabaña. Habíase difundido por el campo realista la noticia del golpe audaz intentado por los dos espías republicanos, y los soldados acudían en grupos numerosos á verlos pasar, con una curiosidad vehementemente, pero mas bien respetuosa que insultante, porque tal rasgo de audacia debía agradar necesariamente á aquellos caracteres tan aventureros como intrépidos, para quienes toda la ciencia de la guerra se resumía en dos palabras: valor y astucia.

Hicieron entrar á los prisioneros en una cabaña algo aislada de las demás, situada al extremo del campamento, y que estaba apoyada en un roble corpulento. Aquel rústico albergue no tenia ventanas, pero el aire se renovaba suficientemente en él por las tablas de una puerta toscamente hecha. Benito y sus soldados dejaron á los dos republicanos tendidos en el suelo boca arriba, con las piernas y los brazos sujetos por sólidas ligaduras. Benito volvió algunos minutos después, y poniendo en un rincón una candelaja pequeña, dijo á los presos:

—Este es vuestro reloj; cuando veais que la luz esté próxima á apagarse, significará el término de la hora que os han concedido.

El chuan salió después de haber hecho esta advertencia. —Hijo mío,—dijo Bruidoux después de haber meditado un instante,—hé aquí una aventura que no se nos presenta de color de rosa. Para colmo de desgracia, esos tunos me han apretado tanto las cuerdas que se me están metiendo en la carne. No he querido quejarme por razon de mi dignidad de ciudadano; pero temo que no te hayan tratado con mayor consideración, mi pobre Colibri.

—No, mi sargento,—contestó Colibri;—pero ¿qué importa eso ya?

—Entiendo lo que quieres decir,—repuso Bruidoux con una voz que parecia algo alterada.—¡Hum! ¡Hum!.... ¿voy yo á constiparme ahora? Oye, ¡Colibri! no vayas á figurarte que el corazón de tu sargento se entretiene en sufrir un



ataque de sensibilidad. Mira lo que es, hijo mío: siento un efecto moral que me ahoga clandestinamente, y eso por tí; ¡yo soy, sí, yo soy, lléveme el diablo quien te ha traído a esta gazapera; creí obrar bien, te doy mi palabra, creí obrar bien, Colibrí..... en tu interés capital. Como siempre te he tenido cariño, he querido cepillarte de un solo golpe y colcarte en seguida en el mejor puesto en el concepto de tus

superiores y en el de tus compañeros..... ¡Era buena idea, ira de Dios! era una idea excelente, propia de un amigo y de un padre..... y sin embargo, es una idea que me molesta en este momento..... y es preciso que me digas, Colibrí, es de absoluta precision que me digas, hijo mío, sí..... sí..... vamos, es la palabra si me perdonas, ¡sí ó no!

—Perdono á V. de todo corazon, mi sargento,—contestó

Colibrí;—sé que solo lo hacia V. por mi bien, aunque se haya frustrado el plan.

—Eres un valiente,—dijo Bruidoux, cuya voz se tornó enteramente bronca.

Después de un momento de silencio, repuso con tono mas enérgico:

—Sí, eres un valiente, Colibrí, y desde que mandaste á



VISTA DEL CUARTEL CONSTRUIDO EN FERNANDO PÓO PARA EL ALOJAMIENTO DE LA COMPAÑÍA QUE GUARNECE DICHA ISLA.

(Remitida por nuestro corresponsal D. F. T.)

paseo al ex-príncipe y á sus alhajas de federalistas, puedes alabarte de poseer mi estimación, aunque no veo para qué podrá servirte de aquí en adelante.

—¿Segun eso, mi sargento,—dijo Colibrí,—ya no queda esperanza alguna?

—¡Hum! ¡hum! hijo mío..... perdona..... siempre hay esperanza, segun dicen los sábios, mientras nuestro cuerpo no está reducido á cenizas..... En cuanto á asegurarte que nuestra posición sea brillante, no..... no..... Es indudable que el enemigo ha adquirido sobre nosotros una ventaja considerable, una ventaja que parece decisiva..... porque me repugnaria engañarte en un momento como este..... en un momento en que cada uno, segun su modo de pensar, es libre para hacer las reflexiones..... que mas convengan á su carácter.

Un nuevo momento de silencio siguió á la declaración difusa, pero sin embargo muy clara, del sargento veterano. Un relámpago, cuyo fulgor penetró de improviso por las rendijas de la puerta, eclipsó el débil resplandor de la lámpara; un ruido solemne retumbó pocos momentos después, anunciando que la tormenta que estaba amenazando durante toda la tarde, se hallaba próxima á estallar encima del bosque.

—En la alquería, en casa de mi padre,—repuso Colibrí, he pasado muchas noches levantado, con un tiempo como este, porque ha de saber V., mi sargento, que el fuego del cielo en un momento abrasa una granja entera. Por eso, mientras duraba la tempestad, mi padre no cesaba un momento de pasar de un lado á otro del cuarto, pero mi buena madre rezaba sus oraciones en un rincón del hogar, y esto era cosa que tranquilizaba en extremo á mi padre.

—Sin duda, hijo mío,—dijo Bruidoux;—¿y qué oraciones eran las que rezaba tu buena madre?

—Eran oraciones á Dios, mi sargento, al Dios de otros tiempos.

—Pero, ¿las sabes de memoria, Colibrí?

—Creo, mi sargento..... sí, creo que las recuerdo.

—Es que..... mira, muchacho..... ¡Ah! ¡voto al diablo! creí que ese relámpago me iba á dejar ciego de veras! ¡Bueno! ahora principia la artillería. ¡Ah! se van calentando allá arriba..... Pues bien, Colibrí, si la República ha cometido

algun error, á mi modo de ver, ha sido el de malquistarse con él que en este instante está bramando sobre nuestras cabezas..... porque hay circunstancias en que los derechos del hombre son un consuelo muy mezquino para la parte moral de una criatura..... En cuanto á mí, Colibrí, si nunca he hecho daño á una mujer, ni á un niño, ni siquiera á un perro, no ha sido tanto por atender á mis ascensos como por no ofender al de allá arriba, de quien estamos hablando..... Por eso, si tienes alguna oracioncilla en la memoria, y si puede ser para tí un consuelo hilvanarla, hazlo atrevidamente

—Mi sargento, si que me agradará,—dijo Colibrí.

—Y aun hay mas,—prosiguió Bruidoux;—si quieres probar categóricamente á tu viejo que no le guardas rencor, vas á hablar en alta voz, puesto que en ese capitulo te considero como superior mío.

El sargento calló, Colibrí cerró los ojos y pareció recogerse.

—Sargento,—repuso después de una pausa, he aquí lo que decía mi anciana madre.....

Colibrí se detuvo de improviso. La puerta acababa de rechinar sobre sus enmohecidos goznes, y ya no estaban solos los prisioneros; pero en la postura penosa en que se hallaban, sujetos por sus ligaduras, no pudieron ver al que llegaba á interrumpirles en aquel momento supremo.

—Aun no se ha apagado la lámpara,—dijo Bruidoux con sequedad;—no se debe robar tiempo á un enemigo que se halla en la desgracia.

—Mas bajo, señor sargento,—dijo una voz varonil, pero contenida.

—Yo conozco esa voz,—murmuró el sargento;—¿quién eres buen amigo?

—Kado.

—¡Ah! ¡el padre del ciudadano del peon! ¿Vienes á salvarnos, viejo mío?

—Mas bajo; la puerta está abierta de par en par, y el centinela no hace mas que pasar por delante de ella á cada momento.

(Se continuará.)

## EL MUNDO MILITAR, PANORAMA UNIVERSAL.

### CONDICIONES Y PRECIOS DE LA SUSCRICION.

El PANORAMA UNIVERSAL, *Mundo Militar*, sale todos los domingos. Cada número consta de 24 columnas de lectura en ocho páginas de 43 3/4 centímetros de largo y 25 de ancho.

#### PRECIOS.

##### En España.

Para los suscritores á la GACETA MILITAR.	Para los no suscritores.
1 mes. . . . . 8 reales.	1 mes. . . . . 10 reales.
3 id. . . . . 24	3 id. . . . . 28
6 id. . . . . 46	6 id. . . . . 57
1 año. . . . . 85	1 año. . . . . 96

##### En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses. . . . . 100 reales.

1 año. . . . . 190

##### En Filipinas y el extranjero.

6 meses. . . . . 140 reales.

1 año. . . . . 260

Se suscribe en Madrid en la Administración, calle de San Bernardino, núm. 7, y en las librerías de Moro, Puerta del Sol; Durán, calle de la Victoria; Bailly-Railliere, calle del Príncipe; Lopez, calle del Carmen, y Olamendi, plazuela de Pontejos.

En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos, y en las de los corresponsales de la *Gaceta Militar*.

NOTA. En provincias no se admite suscripción por menos de tres meses.

OTRA. No se servirá suscripción alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los corresponsales, á cuyo aviso no se acompañe el importe.

Los números sueltos se venderán á 4 rs.

### REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Todos los señores suscritores que renueven la suscripción por un semestre, y á los que se suscriban por igual tiempo, se les regalará un precioso Almanaque de igual tamaño y papel que el de la *Ilustración Francesa*, con hermosos grabados, y que entre otros muchos artículos y noticias, contiene una crónica completa de la guerra de Africa, con la narración detallada de las causas de la guerra y de las batallas de Sierra Bullones, Castillejos, Tetuan y Vad-Ras; un resumen de los acontecimientos de Siria, Cochinchina, Fernando Póo, y otro de la revolución de Italia. Comprendiendo en un todo 35 grabados en madera.

#### IMPORTANTE.

Todos los meses, desde el mes de enero del año entrante de 1861, se dará una magnífica lámina suelta litografiada á dos tintas, que represente retratos de personajes civiles ó militares, vistas ó sucesos de actualidad, pudiendo al fin del año encuadernarlas con el periódico ó formar con ellas un precioso álbum.

Además, siempre que las circunstancias lo exijan, se darán láminas sueltas y suplementos á los números.

Por todo lo no firmado, el Secretario, FRANCISCO MEDINA-VEYIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1860.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.